

Dolores Soler-Espiauba

Con Frida en el altiplano

BOLIVIA

Capítulo 1

Mikil mide exactamente 1,98 m, por eso no necesita subirse a un banco para contemplar el espectáculo. Estamos en junio y los días son largos en el norte de Holanda, muy largos. Son las 21.15 h y todavía hay luz. La plaza de la universidad está llena de gente joven que quiere divertirse un sábado por la noche. En el centro de la plaza, una pequeña orquesta de músicos de Latinoamérica, tres muchachos y una muchacha, anima el ambiente con su música.

Mikil, desde sus casi dos metros de altura, los mira, llevando el compás¹ con los pies y con la cabeza se pregunta: “¿Son ecuatorianos o peruanos? ¿Tal vez bolivianos?”.

Mikil estudia tercer año de Medicina en Groningen, una pequeña ciudad universitaria de los Países Bajos, pero también está aprendiendo español, porque le interesa mucho América Latina, su cultura y su situación social. Va a clases nocturnas organizadas por la universidad y tiene un profesor colombiano que le cae muy bien². Conoce España porque ha estudiado seis meses en Salamanca en el Programa Erasmus³ y habla bastante bien español. Hablar varios idiomas es tan normal en Holanda como ser altísimo, y es que a los holandeses les gusta mucho viajar.

Mikil quiere ir a América Latina este verano, pero todavía no está muy seguro. Quiere colaborar con una ONG⁴ ayudando como enfermero en comunidades indígenas o en suburbios de

las grandes ciudades. Tiene que hablar con algunos responsables la semana que viene antes de decidirse.

La música de los Andes llena la plaza: dos guitarras, una flauta de las que allí las llaman quenas⁵ y un pequeño tambor. La muchacha toca el tambor y Mikil la mira atentamente: es delgada, menuda, muy morena, y lleva el pelo peinado con dos trenzas. Va vestida con una blusa blanca y una manta⁶ encima. Lleva también una falda de colores, con varias capas, que se llama en su país pollera. Pero no lleva sombrero, como muchas cholitas⁷ de los Andes.

“Es bonita esta música –piensa Mikil–. Es música de montañas, de altiplano⁸, de paisajes inmensos, muy diferentes a los de mi país, que es llano y tan pequeño, rodeado de mar por todas partes”.

El espectáculo ha terminado. Algunos espectadores dejan dinero dentro de un sombrero que está en el suelo, los músicos recogen sus instrumentos y sus cosas. Mikil se acerca a ellos.

–Perdón, ¿de qué país sois⁹?

–Bolivia –responde la muchacha–. Somos de Potosí.

–Potosí... –repite Mikil–. Qué nombre tan bonito.

Los músicos se ríen y uno de ellos dice:

–Más linda es la plata de sus minas.

–¡Ah!, sí. Ahora recuerdo: las minas del Potosí... Mi profesor de Salamanca decía que en España, cuando alguien tiene muchas cualidades, se le dice "vales un Potosí"¹⁰.

Y los muchachos se ríen otra vez:

–Los españoles saben mucho de eso...

–¿Nos tomamos una cerveza? –propone Mikil.



Los bolivianos aceptan encantados porque hace calor y tienen mucha sed. El estudiante holandés se presenta:

–Me llamo Mikil, Mikil van Heyderweide.

–Huy, qué difícil. Yo soy Hugo, esta es mi hermana Tecla, aquí mi hermano Sergio. Y ese es mi primo Eduardo.

–Mucho gusto –dicen todos.

Tecla toma el pequeño sombrero negro y redondo que está en el suelo y se lo pone en la cabeza.

–Ahora, con ese sombrero tan divertido, eres la boliviana típica.

–Es nuestro bombín¹¹, lo llevamos todas las aimaras.

–¿Nunca te lo quitas?

–Sí, para dormir –y todos se ríen otra vez.

La cerveza holandesa es muy buena y todos piden otro vaso. Son vasos enormes.

Los ojos de Tecla brillan en la noche. Mikil piensa que tiene unos bellísimos ojos negros.

–¿Cuánto tiempo vais a estar en Groningen?

–Depende... Mañana vendemos artesanía en la plaza del Mercado por la mañana y por la noche a lo mejor volvemos aquí.

–¿Y cuándo volvéis a Bolivia?

–No sé... Tenemos que ganar plata para pagar la universidad. Con el dinero que ganamos aquí nos pagamos los estudios.

–¿Y tú, qué estudias, Tecla?

–Quiero ser maestra. En mi país hay muchos niños que no van a la escuela porque faltan maestros y escuelas. Yo ya estoy en segundo año. ¿Y usted¹², Mikil?

–Estudio Medicina, pero es tan largo... Quiero ir a Latinoamérica con una ONG para poder hacer algo útil antes de terminar los estudios, pero tampoco es fácil.

–Mejor busque directamente allá –dice Hugo–, desde aquí es más complicado.

–Seguro que encuentra algo al toque¹³.

El primo Eduardo interrumpe:

–Es tarde y mañana hay que madrugar, vámonos ya.

Tiene una mirada dura y no ha dicho una palabra en todo el tiempo. Mikil lo mira extrañado.

–¿Ya os vais a dormir? ¿Tan temprano?

–Estamos cansados, pero venga al mercado mañana –propone Tecla–, vendemos artesanía linda: chompas¹⁴ y ponchos¹⁵ para el invierno de acá, que debe de ser duro.

–Más que duro. ¡Y largo! Bueno, mañana nos vemos en el mercado.

La mano de Tecla es pequeña y fuerte, y aprieta la de Mikil. La mira alejarse y ve que en el tobillo derecho, muy cerca del pie, lleva un tatuaje; aunque de tan lejos es difícil, le parece que es un animal parecido a un gato o a un tigre. El grupo desaparece en la noche.